

Un instante eterno

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Une brève éternité*
En cubierta: fotografía de © Nemanja Gluma /Stocksy.com
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Editions Grasset & Fasquelle, 2019
© De la traducción, Jenaro Talens
© Ediciones Siruela, S. A., 2021
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20
Fax: + 34 91 355 22 01
www.siruela.com
ISBN: 978-84-18436-63-5
Depósito legal: M-2.444-2021
Impreso en Anzos
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Pascal Bruckner

Un instante eterno

Filosofía de la longevidad

Traducción del francés
de Jenaro Talens

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 117 (Serie Mayor)

«Se debe tener más miedo a una vida mala
que a la muerte».

BERTOLT BRECHT

*A la memoria de mi profesor,
Vladimir Jankélévitch,
tan elocuente, tan elegante.*

Índice

<i>Introducción. Los expulsados del culto a la juventud</i>	15
---	----

PRIMERA PARTE

EL VERANILLO DE LA VIDA

Capítulo 1. Renunciar a la renuncia	23
<i>La puerta giratoria</i>	24
<i>Ducha fría</i>	30
<i>Te lo dices a ti mismo</i>	34
<i>¿Sabiduría o renuncia?</i>	35
Capítulo 2. Permanecer en la dinámica del deseo	39
<i>¿Retirada o debacle?</i>	39
<i>La edad filosófica</i>	44
<i>¿Qué vamos a hacer con nuestros 20 años (más de vida)?</i>	46
<i>¡No has cambiado!</i>	50

SEGUNDA PARTE

LA VIDA SIEMPRE RECOMENZADA

Capítulo 3. La rutina salvadora	55
<i>«Basta con ser» (Madame de Lafayette)</i>	55
<i>Esplendor de lo trivial</i>	58
<i>Aquí comienza la nueva vida</i>	61
<i>Razones para vivir</i>	64
<i>Las dos naturalezas de la repetición</i>	66

<i>El eterno renacimiento</i>	69
<i>¿Canto de cisne o aurora?</i>	72
<i>Las edades en conflicto</i>	74
Capítulo 4. El entrelazamiento del tiempo	77
<i>¿Vive como si tuvieses que morir a cada instante?</i>	78
<i>El viejo tocador del pasado</i>	80
<i>El arte de no ser más que abuelos</i>	82
<i>Siempre es la primera vez</i>	83
<i>¿Volver a ser como niños?</i>	84
<i>Nuestros yos fantasmales</i>	87
<i>Grietas, fisuras y fracturas</i>	89

TERCERA PARTE
AMORES TARDÍOS

Capítulo 5. Los deseos nocturnos	93
<i>Asimetrías y caducidad</i>	96
<i>El yugo de la concupiscencia</i>	103
<i>Esos héroes que están por encima de nosotros</i>	105
<i>Demandas indecentes</i>	106
<i>El fanfarrón y el quejoso</i>	109
Capítulo 6. Eros y Ágape a la sombra de Tánatos	111
<i>Los catadores de lo crepuscular</i>	112
<i>La tragedia del último amor</i>	114
<i>El casto, el tierno y el voluptuoso</i>	117
<i>La despedida de los viejos cónyuges</i>	120

CUARTA PARTE
REALIZARSE U OLVIDARSE

Capítulo 7. ¡Nunca más, demasiado tarde, otra vez!	125
<i>Las oportunidades perdidas</i>	125
<i>La familia de nuestros difuntos</i>	129
<i>La ronda de las lamentaciones</i>	130

<i>Kairós, dios de la oportunidad</i>	135
<i>En la página en blanco de tus vidas futuras</i>	137
<i>Fotos de familia</i>	139
Capítulo 8. Tener éxito en la vida, ¿y luego qué?	142
<i>Yo soy yo, por desgracia</i>	143
<i>Las tres caras de la libertad</i>	147
<i>Una puerta abierta a lo desconocido</i>	150
<i>Triunfar, pero no del todo...</i>	152
<i>No todo es posible</i>	154
<i>Transmitir mediante el malentendido</i>	157
QUINTA PARTE	
LO QUE EN NOSOTROS NO MUERE	
Capítulo 9. Muerte, ¿dónde está tu victoria?	163
<i>La cabra del señor Seguin</i>	163
<i>La eternidad amorosa del tiempo</i>	164
<i>¿La posibilidad de morir un día?</i>	168
<i>¿Amar lo que nunca se verá dos veces?</i>	170
<i>Los mártires de la resistencia</i>	173
<i>El zombi en nosotros</i>	175
<i>Viejas muñecas y jóvenes chismosos</i>	177
Capítulo 10. La inmortalidad de los mortales	180
<i>¿Qué nos enseñan las dolencias corporales?</i>	181
<i>La jerarquía de los dolores</i>	183
<i>Pobres consuelos</i>	187
<i>Un momento más, señor verdugo</i>	190
<i>La eternidad es aquí y ahora</i>	192
<i>El delicado arte de consolar</i>	194
<i>Conclusión. Amar, celebrar, servir</i>	197
<i>Post scriptum</i>	201

Introducción

Los expulsados del culto a la juventud

En su libro autobiográfico, *El mundo de ayer* (1942), Stefan Zweig cuenta cómo a finales del siglo XIX, en Viena, en el Imperio austrohúngaro, gobernado por un soberano de 70 años rodeado de ministros decrepitos, la opinión pública no se fiaba de la juventud. Pobre de aquel que mantuviera un aspecto infantil: no le resultaba fácil encontrar un trabajo; el nombramiento de Gustav Mahler a la edad de 37 años como director de la Ópera Imperial fue una escandalosa excepción. Ser joven era un obstáculo para cualquier carrera. Los jóvenes ambiciosos tenían que parecer mayores y empezar a envejecer en la adolescencia: acelerar el crecimiento de la barba afeitándose todos los días, llevar gafas con montura dorada en la nariz, lucir cuellos almidonados, ropa rígida y una larga levita negra y, si era posible, tener un poco de sobrepeso, lo cual era signo de seriedad. A los 20 años, vestirse de persona madura era la condición *sine qua non* para el éxito. Era necesario castigar a las nuevas generaciones, ya penalizadas por una educación humillante y mecánica, arrancarlas de sus comienzos como novatos, de su indisciplina de chicos malos. Era el triunfo de la gravedad que impone la edad honorable como el único comportamiento civilizado de la humanidad.

Qué contraste con nuestros tiempos, cuando cualquier adulto trata de forma desesperada de mostrar los signos externos de la juventud, practica la confusión de disfraces, lleva el pelo largo o vaqueros; cuando las propias madres se visten como sus hijas para anular cualquier brecha entre ellas. En el pasado, la gente vivía la vida de sus antepasados, de generación en generación. Ahora los

progenitores quieren vivir la vida de sus descendientes. Jovencitos de 40 años, cincuentones con aspecto adolescente, sexigenarios, aventureros de 70 o más, con sus mochilas, sus bastones de esquí y sus cascos, aficionados a la marcha nórdica, que cruzan la calle o los jardines públicos como si estuvieran atacando el Everest o el Kalahari, abuelas en escúter, abuelos en patines o en monociclos eléctricos. Es el vértigo de la regresión autorizada. El desajuste generacional es tan cómico como sintomático: entre los jóvenes encorsetados en sus trajes ceñidos y los viejos con sienes plateadas que se pasean en pantalones cortos, la cronología se altera.

Mientras tanto, los valores se han invertido. Para Platón, la escala de conocimiento debía seguir la de las edades. Solo el individuo mayor de 50 años podía contemplar el Bien. La dirección de su República debía dejarse, a través de una especie de «gerontocracia atemperada»¹ (Michel Philibert), solo a los ancianos, capaces de impedir la anarquía de las pasiones, de orientar a los ciudadanos hacia un alto grado de humanidad. El ejercicio del poder era una función de la autoridad espiritual. Fue Platón, mucho antes que el Benjamin Button de Scott Fitzgerald, quien en el *Político* imaginó que en los viejos tiempos «los ancianos muertos salían de la tierra para vivir sus vidas al revés» y regresaban al estado de un bebé recién nacido. Así que vio la infancia como el fin de la existencia, un regreso al punto de partida después de un largo viaje. El principio pasó a ser el final, y el final, el principio.

Hemos desarrollado otra visión sobre el tema: durante un siglo, desde la hecatombe de la Primera Guerra Mundial, que vio desaparecer a toda una generación bajo las órdenes de generales irresponsables, es la madurez la que se percibe como un declive, como si madurar fuera siempre morir un poco². Lo abominable de la guerra es que invierte las prioridades y destruye a los hijos antes que a los padres. Es entonces cuando la juventud se convierte, con

¹ Michel Philibert, *L'échelle des âges*, Le Seuil, 1968, pág. 63.

² Remito aquí a la primera parte de *La tentation de l'innocence* (Grasset, 1995), donde analizo las transformaciones de la vejez y la sobrevaloración de la infancia y la inmadurez en Occidente.

el surrealismo y Mayo del 68, herederos de Rimbaud, en la reserva de todas las promesas, en la propia cristalización del genio humano. «Nunca confíes en nadie mayor de 30 años», dijo el agitador y pacifista americano Jerry Rubin en los años sesenta, antes de convertirse en un próspero hombre de negocios a sus 40 años. De esta inversión nació una nueva actitud: el culto a la juventud, síntoma de sociedades envejecidas, ideología de adultos que quieren acumular todas las ventajas, la irresponsabilidad de la infancia y la autonomía del adulto. El culto a la juventud se está destruyendo a medida que se afirma: los que lo reclaman pierden un poco más cada día el derecho a reclamarlo a medida que envejecen a su vez. Transforman un privilegio efímero en un título permanente de nobleza. Los destructores de un periodo se convierten en los anticuados del siguiente. El pionero solicita el título de noble por adelantado, y el joven mimado se transforma en alguien que vive de las rentas de sus mimos. Incluso los *baby boomers*, esos fanáticos de la adolescencia, terminan convirtiéndose en septuagenarios u octogenarios. La sociedad del culto a la juventud tiene la peculiaridad de que, lejos de ser el triunfo del hedonismo, está, desde la primera infancia, obsesionada con la senectud y a la caza de la misma en una sobremedicación preventiva. Y la falsificación de la eterna juventud suena cada vez más falsa a medida que pasa el tiempo.

Hasta los 30 años, el animal humano no tiene edad, solo la eternidad por delante. Los cumpleaños son formalidades divertidas para él, escaneos inofensivos. Luego vienen los múltiplos de diez, la lista de décadas, 30, 40, 50. El envejecimiento es ante todo esto: estar bajo arresto domiciliario en el calendario, convirtiéndose uno en el contemporáneo de épocas pasadas. La edad humaniza el paso del tiempo, pero también lo hace más dramático. Es la tristeza de ponerse a la cola, de ser atrapado por la condición común. Tengo una edad, pero no necesariamente esta edad, registro una brecha entre las representaciones asociadas al estado civil y lo que siento. Cuando esta discrepancia se vuelve, como hoy, masiva, cuando un ciudadano holandés de 69 años presenta una denuncia contra el Estado en 2018 para cambiar su estado civil porque se siente un hombre de 49 años y sufre discriminación en su trabajo,

así como en su vida amorosa, estamos presenciando un cambio de mentalidad. Para bien o para mal. Reivindicamos vivir varias veces, como nos plazca. Ya no miramos nuestra edad, porque la edad ha dejado de hacernos o de deshacernos: es solo una variable entre otras. Ya no queremos estar atados a nuestra fecha de nacimiento, a nuestro sexo, al color de la piel, al estatus: los hombres quieren ser mujeres, y viceversa, o ninguna de las dos cosas, los blancos se creen negros, los ancianos se creen bebés, los adolescentes se inventan sus documentos para beber alcohol o ir a las discotecas; la condición humana está huyendo de todas partes, estamos entrando en la era de las generaciones y de las identidades líquidas. No queremos ceder a la intimidación de los grandes números, exigimos el derecho de mover el cursor a voluntad. Nos naturalizamos como recién llegados a la tribu de los 50 o 60 años, y comenzamos por negarnos a aceptar sus códigos. La edad es una convención a la que todos se adaptan más o menos de buena gana. Paraliza a los individuos en roles y posturas que el desarrollo de la ciencia y el alargamiento del tiempo hacen obsoletos. Hoy en día, muchas personas quieren liberarse de esta camisa de fuerza y aprovechar esta moratoria entre la madurez y la vejez para reinventar una nueva forma de vida. Es lo que puede llamarse el veranillo de la vida; la generación del *baby boomer* es la pionera en este sentido, al crear el camino que recorre. Han reinventado la juventud y creen que están reinventando la vejez. Uno sigue siendo valiente mientras la edad psicológica no coincida con la edad biológica y social. La naturaleza puede ser nuestra maestra; es menos que nunca nuestra guía. Avanzamos resistiendo sus imposiciones, ya que nos construye solo destruyéndonos, con su majestuosa indiferencia.

Autobiografía intelectual y, al mismo tiempo, un manifiesto, este libro trata un solo tema: el largo tiempo de vida. Considera esta etapa intermedia, una vez rebasados los 50 años de edad, en la que no se es ni joven ni viejo, sino que siempre se está habitado por apetitos abundantes. En este intervalo se plantean con agudeza todas las grandes cuestiones de la condición humana: ¿Queremos vivir mucho tiempo o intensamente, empezar de nuevo o ramificarnos? ¿Qué hay de un nuevo matrimonio, una nueva carrera?

¿Cómo evitar la fatiga del ser, la melancolía del crepúsculo, cómo superar las grandes alegrías y las grandes penas? ¿Cuál es la fuerza que nos mantiene a flote contra la amargura o la saciedad? Estas páginas están dedicadas a todos aquellos que sueñan con una nueva primavera en otoño y desean retrasar el invierno lo más posible en las estaciones de la vida.

PRIMERA PARTE

EL VERANILLO DE LA VIDA